

Qué
se sabe
de...



El Oriente bíblico

Alfonso Vives Cuesta

José Andrés Sánchez Abarrio

evd

*Qué
se sabe
de...*

El Oriente bíblico

Qué se sabe de...

Colección dirigida y coordinada por:

CARLOS J. GIL ARBIOL

*Qué
se sabe
de...*

El Oriente bíblico

Alfonso Vives
José Andrés Sánchez

Colaboran:

José Antonio Castro,
Jesús García Recio y Óscar Vega Prieto

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de colección y cubierta: Francesc Sala

© Alfonso Vives Cuesta y José Andrés Sánchez Abarrio, 2022

© Editorial Verbo Divino, 2022

Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Impreso en España – *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 1.179-2022

ISBN: 978-84-9073-801-6

ISBN E-book: 978-84-9073-802-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Índice

Introducción	7
Primera parte: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?	11
Capítulo 1. Historia del descubrimiento del Oriente bíblico	15
1. Egipto	15
2. Mesopotamia	19
Capítulo 2. Las fuentes del Oriente bíblico	23
1. Los grandes archivos	23
2. La literatura del Oriente bíblico	33
Capítulo 3. La búsqueda de un método	55
Capítulo 4. La difícil recepción eclesial del Oriente bíblico	69
Segunda parte: ¿Cuáles son los aspectos centrales del tema?	77
Capítulo 5. El marco geográfico e historiográfico	79
1. Historia de Mesopotamia	82
1.1. Historia externa de Mesopotamia	84
1.2. Historia interna de Mesopotamia	102
a) La tierra de los orígenes	103

b) Lugar de confusión	105
c) «Allí serás salvada»	107
d) Símbolo de maldad	109
e) La reconciliación	112
2. Historia de Egipto	117
2.1. Historia externa de Egipto	117
2.2. Historia interna de Egipto	137
a) Egipto, enemigo invasor	139
b) Egipto, aliado	142
c) Egipto, tierra de asilo y refugio	144
d) Egipto, Tierra Santa	147
e) Egipto, Tierra de Salvación	149
f) Tradiciones sobre Egipto en el AT	152
g) La tradición fundacional del AT: el Éxodo	154
h) Tradiciones sapienciales egipcias en el AT	156
i) Los profetas en Egipto: de la condena a la reconciliación	158
Capítulo 6. El elemento divino	163
1. Los dioses y lo divino (Egipto)	163
2. Los dioses y lo divino (Mesopotamia)	166
3. Representaciones de Dios	168
3.1. Egipto	169
a) ¿Monoteísmo egipcio?	169
b) Dios creador y su creación	173
c) Trascendencia de Dios: Dios padre todopoderoso	179
d) Inmanencia de Dios, filiación divina	180
e) El rey divinizado	181
f) La transfiguración de los difuntos en dioses	183
3.2. Mesopotamia	185
a) Hacia el monoteísmo	185
b) El panteón	187
c) Dios creador y su creación	189
Capítulo 7. El elemento humano	191
1. Mesopotamia	191

1.1. La creación del hombre	194
a) El hombre sale de la tierra	194
b) El hombre vivificado por la respiración divina	195
c) El hombre es modelado por las manos divinas	196
1.2. Los elementos constitutivos	198
a) Arcilla y polvo	198
b) Carne y sangre	199
c) Espíritu y capacidad planificadora	200
d) El hombre, imagen de Dios	200
e) La distinción sexual: hombre y mujer	201
1.3. La vocación del hombre	202
1.4. La libertad del hombre, su tendencia a la rebelión y el castigo del diluvio	206
2. Egipto	211
2.1. Hombre, imagen de Dios	212
Componentes de la antropología religiosa egipcia: <i>ka, ba, aj</i> y corazón	220
Tercera parte: Cuestiones abiertas en el debate actual	229
Capítulo 8. La relación del hombre con lo divino	233
1. La relación visual	235
2. La relación gestual	241
3. La relación verbal	248
4. La relación epistolar	251
5. La relación mediada por el profeta	257
5.1. Rasgos del profetismo en el Oriente bíblico	261
5.2. El remitente divino	263
5.3. El receptor humano	265
5.4. El mensaje profético	271
5.5. El destinatario del mensaje	276
5.6. El proceso comunicativo	279
a) «venir» (<i>alākum</i> + <i>-am</i>) + «hablar» (<i>qabûm / dabābum / šapārum / unma</i>)	280

b) «alzarse» (<i>tebûm</i>) + «hablar» (<i>qabûm / dabâbum / umma</i>)	280
c) «presentarse» (<i>izuzzum</i>) + «hablar» (<i>qabûm / šasûm</i>)	281
d) «caer en éxtasis» (<i>maḥûm</i>) + «hablar» (<i>qabûm / umma</i>)	281
e) verba dicendi	282
f) «transmitir un oráculo» (<i>têrtam nadānum</i>)	282
6. Panorámica sobre la experiencia oracional egipcia	283
Evolución de la religión personal	283
Cuarta parte: Para profundizar	295
Capítulo 9. Relevancia del estudio del Oriente bíblico para la reflexión teológica actual	297
Capítulo 10. Bibliografía comentada	303
Antologías y fuentes textuales	303
Relaciones Biblia y Oriente	305
Anexos: Cuadro cronológico y mapas	309
Cuadro cronológico del Oriente bíblico	311
Mapas	315

Introducción

En sus más diversas formas de expresión y en sus más profundos contenidos religiosos, la literatura bíblica se desarrolló en estrecho contacto con la literatura de los pueblos del Oriente bíblico (OB). Por imitación o reacción, o por ambos factores combinados, la Biblia, especialmente el Antiguo Testamento (AT), es deudora de las literaturas mesopotámica y egipcia así como, por supuesto, de la cananea, más cercana geográfica y culturalmente. Sin embargo, sabedores de que no podemos abarcar en una obra de contenido introductorio como esta todo ese amplio panorama que obligaría a repasar las aportaciones de los pueblos del OB en su conjunto (amorreos, ugaríticos, hititas, persas, arameos, filisteos, etc.), vamos a detener la mirada ante el legado mesopotámico y egipcio, puesto que consideramos que estas dos grandes tradiciones religiosas son los pilares sobre los que se asienta el sustrato religioso principal del AT.

En este contexto histórico y cultural afín, sería natural que las disciplinas de la egiptología, la asiriología y de la teología o exé-

genesis bíblicas fueran de la mano. En definitiva, las disciplinas orientalísticas se beneficiarían de la metodología y de la experiencia que aporta una larguísima tradición de lectura crítica a la hora de abordar un texto antiguo, mientras que el AT tendría la posibilidad de entenderse mejor a sí mismo al ahondar en las profundas raíces de su árbol genealógico.

En lo que se refiere al ámbito de la Sagrada Escritura, la presencia de todo tipo de paralelos impide obviar su proximidad a la realidad mesopotámica o egipcia. Lamentablemente, los comentarios bíblicos suelen dedicar sus primeras páginas muy escuetamente a valorar los paralelismos entre culturas y textos, sin mayor particular, como un preámbulo obligado, pero no relevante, al objeto del texto canónico en sí mismo. Al igual que el Nuevo Testamento no puede ser autónomo y necesita tener en cuenta al Antiguo, así toda la Escritura debe confiarse a su pasado más remoto y originario, que está constituido precisamente por las coordenadas históricas y religiosas del OB. Así lo rubrica sin ambages el profeta Isaías:

Aquel día habrá una calzada de Egipto a Asiria, y los asirios irán a Egipto y los egipcios a Asiria, y Egipto con Asiria servirán (a Yahweh). Aquel día Israel será un tercero junto a Egipto y Asiria, una bendición en medio de la tierra, por cuanto Yahweh Sebaot lo bendice: «¡Bendito sea mi pueblo Egipto, y la obra de mis manos, Asiria, y mi heredad, Israel!» (Is 19,23-25).

Esta perspectiva, en cierto modo novedosa y que ampliaremos en el capítulo tercero de esta monografía, necesita de años y trabajo de maduración, siendo las páginas que siguen no más que una pequeña aportación introductoria y general a tamaña

tarea que, en definitiva, no hace más que recoger el eco de la propia Biblia reclamando ser interpretada como el resultado de una larga experiencia religiosa originada en su hogar natural, que no es otro que el OB.

Bajo esta misma perspectiva, los autores de este ensayo hemos optado, cada uno desde ópticas diversas, por participar de forma plural en este primer intento de edición de un libro con esta temática tan novedosa en el ámbito de los estudios bíblicos. La diversidad de voces que aquí resuenan queda materializada en la intervención de diversas manos que han colaborado de distintas formas en la redacción del manuscrito. Primeramente, se han de señalar las de los editores, también autores de amplias secciones del mismo, pero innegable también ha sido la ayuda y orientación de los tres colaboradores mencionados en el interior del libro, sin cuyo concurso este trabajo jamás hubiera podido ver la luz.



PRIMERA PARTE

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

El lector ávido de conocimientos detallados y especializados podrá encontrar en cualquier libro de historia del Próximo Oriente Antiguo referencias a muchos de los datos consignados en los siguientes capítulos, de temática histórica e historiográfica, que aquí solo se presentan de forma global. El lector medio de la Biblia, por el contrario, percibirá que algunas de las referencias aquí consignadas le resultan todavía algo ajenas y quizá, incluso, un poco técnicas y útiles para acompañar su lectura comprensiva de la Biblia, acostumbrado a unas pocas notas históricas y a desnudos cuadros cronológicos relegados a los anexos. Sin embargo, en una especie de vía intermedia para atender a ambos tipos de destinatarios, consideramos que una introducción histórica mínima a la relación entre las culturas del Próximo Oriente Antiguo y la propia Biblia requiere de una breve y sucinta presentación del origen de las mismas, dada la influencia enorme que tendrán estas culturas en la interpretación canónica de la Sagrada Escritura desde el momento mismo de su redescubrimiento decimonónico.

Historia del descubrimiento del Oriente bíblico

CAPÍTULO 1

1. Egipto

El amanecer de la disciplina egiptológica tuvo lugar a mediados del siglo XIX, tras el célebre desciframiento de los jeroglíficos por Jean François Champollion (1822). Esta efeméride, que podemos situar en el pórtico de toda la orientalística moderna, no se puede entender sin tener en cuenta los estudios histórico-críticos que comenzaban a aflorar en el ámbito de la exégesis bíblica por aquellos tiempos. Las múltiples menciones y alusiones a Egipto en el texto bíblico despertaron el interés de los estudiosos de la Biblia, entre los que se encontraba Champollion, aprovechando el amplio caudal de datos que les proporcionaban las concordancias aparentes entre los acontecimientos narrados en la Biblia y los registros arqueológicos egipcios. Con todo, estos estudios no fueron concluyentes para determinar con precisión el trasfondo histórico de la narrativa bíblica. Por poner un ejemplo decisivo, la cronología del relato del Éxodo, que determina la presencia de población extranjera ha-

bitando en el Delta, se situaba en períodos tan diversos como el Reino Nuevo o se hacía coincidir con la expulsión de los hicsos en el Segundo Período Intermedio e incluso en épocas mucho más bajas. De igual modo, la datación de la historia de José (Gn 37–50) fue adscrita de forma errónea al Reino Medio, pero también al Segundo Período Intermedio o incluso al tardío período persa. Hoy tenemos más certezas de que se sitúa en la órbita elefantina y en una época cronológicamente mucho más baja.

A diferencia de lo que ha ocurrido con Mesopotamia, prácticamente desde el origen de la disciplina, no siempre ha sido fácil detectar el trasfondo egipcio de muchos componentes del sustrato de la teología del AT. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas confirman que Egipto sigue siendo una fuente inagotable de información para la investigación bíblica sobre el entorno en el que se desarrollan, componen y difunden los textos del AT.

En 1923, el egiptólogo británico Ernest Wallis Budge publicó un nuevo texto de contenido sapiencial. Budge había adquirido este papiro durante un viaje a Egipto en 1888 y lo trasladó al Museo Británico, donde se archivó con el número *pBM 10474*. En su primera edición del papiro, recogida en los *Facsimiles of Egyptian Hieratic Papyri in the British Museum*, Budge señaló algunas similitudes entre este texto, etiquetado como *La Enseñanza de Amenemope, Hijo de Kanejet*, y el libro de los *Proverbios* bíblico. Un colega de Budge, Adolf Erman, siguió esta línea de interpretación. En 1924, pronunció una conferencia en la Academia de Ciencias de Berlín titulada *Eine Ägyptische Quelle*

der Sprüche Salomos, donde detectó una serie de similitudes formales entre el texto de Amenemope y el de Proverbios 22,17–23,11 y argumentó que estas similitudes debían explicarse por una dependencia estrictamente literaria entre ambas obras, lo que hoy denominaríamos intertextualidad. Otro colega de Erman en la Universidad de Berlín, el estudioso del AT Hugo Gressmann, observó por primera vez un ejemplo de conexión directa entre una obra literaria egipcia y un pasaje de la Biblia. Las investigaciones anteriores habían señalado motivos comunes como, por ejemplo, asonancias poéticas en el Cantar de los Cantares o paralelismos palpables entre el salmo 104 y el Himno de Akenatón, pero la relación entre Amenemope y Proverbios proporcionaron el primer ejemplo de una conexión literaria directa. Esta suposición llevó a la pregunta clave de cómo un escriba del antiguo Israel pudo entrar en contacto con un texto sapiencial egipcio, especialmente si se trata de un texto sapiencial del Reino Nuevo (Dinastía XX).

Estos primeros acercamientos perseguían defender los contactos culturales entre Egipto e Israel a finales del II milenio a.C. El punto de vista comparativista, dominante en la época, se combinó entonces con una lectura histórica de los pasajes de la Biblia hebrea de mayor importancia por su ambientación egipcia, como la historia de José o el relato del Éxodo. Uno de los primeros estudiosos en emprender esta tarea fue un predecesor de Gressmann, Ernst Hengstenberg, profesor de AT en la Universidad de Berlín, quien publicó en 1842 un libro titulado *Die Bücher Moses und Ägypten*. A él se le debe el primer estudio en el que los conocimientos recién ad-

quiridos sobre Egipto se utilizaron para la interpretación de pasajes que aluden a figuras bíblicas. Sin embargo, el enfoque de Hengstenberg no es histórico-crítico, como el de los biblistas que estaban en el candelero. Su intención principal era demostrar que los libros de Moisés contienen información que atestigua la fiabilidad histórica de la Biblia y que pueden ser utilizados como argumentos contra los excesos minimalistas de la exégesis histórico-crítica.

Los estudiosos del AT de los últimos 150 años han demostrado que este enfoque es muy problemático. Por seguir con los mismos ejemplos, la narración del Éxodo y el relato bíblico de José son piezas literarias que se escribieron en épocas posteriores a las tradicionalmente defendidas, como tendremos ocasión de ver con más detalle más adelante (cap. 5, 2.1). Difícilmente estas referencias pueden utilizarse para reconstruir los contactos culturales entre Israel y Egipto a finales del segundo milenio antes de Cristo. Sin embargo, si las narraciones sobre los primeros contactos de Israel con el antiguo Egipto son cuestionables desde un punto de vista histórico en los períodos descritos, lo más plausible es que pongamos nuestra atención en períodos históricos posteriores, considerando un amplio margen temporal que va desde finales del segundo milenio a.C. y la destrucción de Jerusalén en el 587 a.C., que en las cronologías tradicionales de la historia de Egipto coinciden *grosso modo* con el Tercer Período Intermedio y el comienzo del llamado «período tardío». Se observará que durante este vasto lapso de tiempo se pueden reconstruir, al menos, varias fases de intensos contactos reales de esa interacción cultural que dejaron huellas

literarias en la Biblia, aparecidas, sobre todo, al calor de las complejas relaciones multilaterales entre imperios, que afloraron durante los reinados de Ezequías y Josías.

2. Mesopotamia

El AT atestigua por doquier la vieja amistad con la «tierra entre ríos», desde que Dios plantó un huerto en el Edén. Varios versículos del Génesis describen aquella primera Tierra Santa. Sus primeros once capítulos dan cuenta de los primeros pasos de la humanidad por el Oriente, hasta su dispersión a partir de la torre de Babel. Con motivo de este primer éxodo, Abrahán inició un viaje desde la milenaria Ur hasta la tierra prometida. Alcanzada la meta, el patriarca no rompió la relación con sus orígenes, y desde allí mandó a su siervo en busca de mujer para su hijo Isaac (Gn 24); vínculo que continuaría a través del matrimonio de su descendiente Jacob (Gn 29). De hecho, Mesopotamia siguió presente en la Biblia hasta sus últimas páginas con el lamento por Babilonia (Ap 18). La relación entre ambas, a pesar de estar marcada en ocasiones por la hostilidad, fue la vivencia de una amistad íntima.

Aquella trabazón se mantuvo viva gracias a algunos peregrinos que, como Egeria en el siglo IV, anhelaban pisar Tierra Santa y seguir el itinerario «sagrado» hasta la misma patria de Abrahán. Ocho siglos más tarde, el rabino Benjamín de Tudela habría de reconocer en los alrededores de Mosul los restos de la antigua Nínive. En otros casos, el recuerdo se avivó por nume-

rosas inscripciones llegadas de aquellas calurosas tierras, llenas de abigarrados signos indescifrables.

Fue en el siglo XVII, con el desciframiento de la escritura cuneiforme, cuando comenzó a dibujarse con mayor precisión la vieja historia de la humanidad. Aunque desde el siglo XVIII ya habían llegado a Europa inscripciones en cuneiforme, no será hasta 1802 cuando Georg Friedrich Grotefend (1775-1853), un maestro de escuela en Alemania, descifre las inscripciones cortas disponibles en el persa antiguo. Ahora bien, para descifrar el idioma se necesitaba una inscripción más larga. Esta se encontraría en lo alto de los acantilados de Behistún, en la antigua carretera entre Ecbatana y Babilonia. Henry Creswicke Rawlinson (1810-1895), un soldado de la Compañía de las Indias Orientales, copió la inscripción grabada en tres idiomas diferentes (persa, elamita y acadio) y, en 1846, fue el primero en proponer una traducción completa de la parte persa de la inscripción. En 1851, Rawlinson, con los descubrimientos de otros, como el clérigo irlandés Edward Hincks (1792-1866), logró una traducción completa de la sección acadia de la inscripción de Behistún. Un tanto escéptica, la *Royal Asiatic Society* en 1857 desafió a Rawlinson, Hincks, y otros dos expertos, Jules Oppert (1825-1905) y W. H. Fox Talbot (1800-1877), a confrontar una traducción de la inscripción cuneiforme. Sus cuatro versiones de la inscripción de Teglathalasar I (1114-1076 a.C.) fueron lo suficientemente similares como para que los jueces declarasen oficialmente que la lengua acadia, o asirio, como se la llamó por primera vez, había sido descifrada. Un poco más tarde, el propio Oppert identificó la lengua sumeria.

Al mismo tiempo, movidos por razones diplomáticas y militares, franceses e ingleses iniciaron las expediciones arqueológicas del siglo XIX que comenzaron a sacar a la luz relieves, esculturas, sellos y tablillas. Tras el éxito de Paul Emile Botta (1802-1870), cónsul francés en Mosul, en Kuyunjik, en 1842, y en Khorsabad, en 1843, Austen Henry Layard (1817-1894), secretario del embajador inglés en Constantinopla, emprendió excavaciones a gran escala en Nimrud de 1845 a 1847.

Un nuevo acontecimiento propició que el hombre moderno reconociera aquella primitiva vinculación que había pasado desapercibida durante tantos siglos. Un oficinista muy dotado para el cuneiforme, llamado George Smith, descifró entre las numerosas tablillas de la biblioteca de Asurbanipal, llegadas al Museo Británico, un fragmento del relato mesopotámico del diluvio. Smith hizo lectura pública de este texto el 3 de diciembre de 1872 en la *Society of Biblical Archaeology*. Cuatro años más tarde, publicó la reconstrucción del texto bajo el título *Chaldean Account of Genesis*, correspondiente a la XI tablilla de la *Epopéya de Guilgamés*. En medio de un cierto estupor, pero también movidos por la sed de conocer más sobre esta vieja relación, se impulsó con fuerza el estudio de aquella arcaica cultura que parecía estar en los orígenes de la humanidad. Desde esos días, han sido numerosas las obras mesopotámicas reconocidas como relevantes para la comprensión del texto bíblico. En definitiva, la amplísima literatura cuneiforme moldeó la tradición bíblica en muchas de sus páginas.

Las fuentes del Oriente bíblico

CAPÍTULO 2

1. Los grandes archivos

Para las personas interesadas en la Biblia, es crucial conocer el vasto volumen de textos descubiertos en el amplio marco geográfico y cultural del OB. Algunos fueron exhumados en el curso de excavaciones arqueológicas como restos materiales pertenecientes a las bibliotecas que albergaban los antiguos palacios o templos (textos científicos, religiosos, históricos y literarios), mientras que otros formaban parte de los archivos administrativos (inventarios, informes, oráculos, censos, registro de tributos, tratados o cartas). No siendo posible mencionar en la presente obra todos aquellos lugares arqueológicos de Egipto y Mesopotamia de donde proviene la rica documentación que tanto importa para la comprensión del texto bíblico, nos contentamos con reseñar algunos.

Uno de los primeros sitios descubiertos fue Tell-al-Muqayyar, la antigua Ur. Las excavaciones, iniciadas por L. Woolley en 1922, sacaron a la luz la esplendorosa ciudad que pronto se

identificó con la patria de Abrahán. Además del magnífico zigurat, Ur nos ha legado textos de los períodos de la Tercera Dinastía de Ur, de las épocas mesobabilónica y neobabilónica, que formaban parte de bibliotecas privadas y públicas. Es de interés destacar que algunos de los contratos de compraventa encontrados, que datan de los siglos VIII-VI a.C., son similares a las tratativas de Abrahán por la compra de la cueva de Macpela (Gn 23).

De Tell Warka (Uruk) proceden los textos más antiguos de la escritura cuneiforme. Los documentos, redactados en la incipiente escritura pictográfica, se datan entre el tercer y cuarto milenio a.C. De especial valor son las 250 composiciones literarias halladas en los templos de Istar, que abarcan desde época neobabilonia hasta época persa. Otro importante grupo de textos, de época griega, contiene numerosos rituales de exorcismo, escritos médicos, oraculares, astronómicos, mitos e himnos.

En dirección norte, en la misma ribera del Éufrates, se halla Babilonia, capital del Imperio babilonio. En este sitio se han desenterrado numerosos textos cuneiformes en sumerio y acadio de bibliotecas y archivos de la milenaria historia de la ciudad, desde el segundo milenio hasta época parta.

En el curso medio del Éufrates, en la actual Siria, a escasos kilómetros de la frontera con Iraq, fue descubierta en 1933 por un grupo de beduinos la ciudad de Mari. Las campañas iniciadas de inmediato por André Parrot y continuadas por otros a lo largo de más de ochenta y cinco años han desenterrado una de las más importantes ciudades del Oriente Antiguo. En palabras de

A. Malamat, Mari representa «uno de los descubrimientos más importantes para la investigación bíblica». El archivo hallado en el palacio de Zimri-Lim, compuesto por más de 15.000 tablillas, contiene principalmente correspondencia real y diplomática, así como un buen número de documentos administrativos, registros de bienes, contratos, protocolos, textos religiosos o rituales, todos escritos en lengua acadia, de época paleobabilonia. Pero quizás lo más interesante para el biblista sea el corpus de textos proféticos encontrados en el archivo real. Unas sesenta y cinco cartas mencionan la existencia de diversos tipos de profetas y profetisas, como podrá verse reflejado con más detalle en el capítulo 8, relativo a la relación del hombre con Dios.

En el curso alto del Éufrates encontramos otro sitio de notable riqueza e interés, la ciudad de Emar. Los arqueólogos han desenterrado numerosos textos que datan de los siglos XVI al XIII a.C. La mitad de ellos son textos administrativos, pero la otra mitad contiene textos lexicales, literarios y una gran colección de textos rituales que ha permitido conocer las prácticas religiosas de la ciudad. Estos últimos son de especial interés para el lector de la Biblia, por su semejanza con rituales bíblicos.

El sitio de Ras Shamra (Ugarit), en la costa actual de Siria, comenzó a ser excavado en 1929. Desde entonces, se han desenterrado casi 1.500 textos, la mayor parte escritos en ugarítico o acadio, procedentes de bibliotecas privadas, archivos reales y privados, como el del sumo sacerdote de la acrópolis, de donde proceden los textos literarios ugaríticos más importantes. El interés de los textos ugaríticos para la Biblia radica en comparar el universo religioso con Canaán, lo que hace que existan

claras continuidades entre Ugarit y el Israel más antiguo, presentes por doquier tanto en numerosos rasgos escatológicos como culturales del AT.

En el área nororiental, denominada Asiria, entre los montes Zagros y el río Tigris se encuentra la ciudad de Nuzi. Los más de 3.500 textos cuneiformes descubiertos allí han servido durante mucho tiempo como fuente comparativa para las tradiciones patriarcales del AT. Sin embargo, parece que los escenarios y tradiciones que se reflejan en los textos corresponderían más bien a los usos y costumbres del primer milenio a.C. Ciertamente, aunque los paralelos de Nuzi con los textos bíblicos no son útiles ni decisivos para resolver problemas cronológicos, constituyen una rica fuente de documentación para las prácticas socioeconómicas en Mesopotamia, lo que ayuda a iluminar la comprensión de leyes y otros aspectos de *realia* (aspectos de la vida cotidiana) reseñados en la Biblia.

Un poco más al norte, retomando el curso del Tigris, encontramos otro núcleo urbano que ha aportado una ingente cantidad de textos para el conocimiento del Oriente: la ciudad de Asur. Fue la primera capital administrativa del Imperio asirio, entre el segundo y principios del primer milenio a.C. En época del Imperio neoasirio, la capital se instaló primero en Nimrud, luego en Korsabad y finalmente en Nínive. Sin embargo, los más de cincuenta archivos y bibliotecas de diversos períodos hallados en sus ruinas testimonian la importancia del sitio. La edición de los textos está disponible en la serie *State Archives of Assyria*, publicados por el *Neo-Assyrian Text Corpus Project* de la Universidad de Helsinki.